

Helmut Galle¹
 Universidade de São Paulo

Memoria colectiva en Alemania: la Segunda Guerra y la literatura

El fenómeno en cuestión es probablemente uno de los procesos más interesantes y más incisivos en la memoria colectiva de la Alemania moderna. Intentaré caracterizar la manera en que la sociedad alemana (más precisamente: la RFA)² se relacionó con las atrocidades de la Segunda Guerra. “Relacionarse” quiere decir cómo se representó este pasado y qué tipo de relaciones se establecieron con los culpados y las víctimas. Para describir procesos del género, en las últimas décadas se establecieron conceptualizaciones de la memoria colectiva que se resumirán brevemente en la primera parte. Después se delinearán las cesuras de 1945, 1968 y 1990, que marcan las tres fases consecutivas en esta forma de relacionarse con el pasado³, y finalmente se analizará la manera en que la literatura intervino en favor de la última cesura.

1. Memoria colectiva, memoria cultural y literatura

Debemos a Maurice Halbwachs algunos descubrimientos sobre la memoria. Uno es la idea de que esta no puede prescindir de los “marcos sociales”, es decir que es un fenómeno fundamentalmente colectivo, aunque los portadores orgánicos sean los individuos que forman el grupo social (Halbwachs 1992: 53). La interdependencia de los recuerdos individuales y la comunicación del grupo fue sostenida por las neurociencias (Singer, 1998:162) e investigada por la psicología social, que acuñó el concepto de *memoria*

¹ El autor es docente de Literatura alemana del Departamento de Letras Modernas de la Universidad de San Pablo desde 2001. Nació en 1954 en Wittenberg (RDA), fue al colegio en Hannover y cursó la carrera de Literatura alemana en la Universidad Libre de Berlín. Fue profesor invitado del Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD) en Portugal, Brasil y Argentina.

² En la RDA, el partido estatal socialista estableció una política conmemorativa de la lucha antifascista; como el Estado se consideraba heredero directo de esta lucha, proyectó en el Estado liberal y capitalista tanto las causas del nazismo como su continuación oculta, “purgándose” a sí mismo de la responsabilidad para con la historia. Los culpados se encontraban siempre del otro lado de la frontera. La “nueva” sociedad podía considerarse “inocente” porque representaba por autodefinición los elementos anticapitalistas, antiimperialistas y antifascistas. Como se trata de una forma de relacionarse artificial y estática que terminó con el propio régimen, no será tratada aquí. Véase Jesse 1993: 650.

³ Estas son, en general, las fechas que se usan para separar las fases de memoria en la posguerra alemana. Véase los “turning points” de Huyssen 2003: 138ss. o Rüsen 2001: 284s. Evidentemente, se trata más de construcciones que responden al tipo ideal (“idealtypische Konstruktionen”, Rüsen) que de fases estrictamente separadas y consecutivas.

comunicativa (véase Welzer 2002). La memoria comunicativa sería un aspecto de la memoria colectiva que constituye y estabiliza la memoria individual. El otro aspecto, también ya estudiado por Halbwachs en su libro sobre la topografía legendaria de la Tierra Santa, son los elementos que garantizan la continuidad de una cultura y que se manifiestan en sus artefactos y sus instituciones. El conjunto de estos artefactos simbólicos es lo que Jan Assmann llama la *memoria cultural*:

Con el concepto de memoria cultural resumimos el inventario de textos, imágenes y ritos reciclables propio de cada sociedad y época, en cuyo cuidado esa sociedad y época estabiliza y transmite su imagen de sí; un saber compartido en forma colectiva, preferentemente (aunque no exclusivamente) sobre el pasado, en el cual un grupo basa la conciencia de su unidad y particularidad. (J. Assmann 1988: 15)⁴

No es posible distinguir con exactitud entre memoria comunicativa y memoria cultural, dado que la comunicación ya depende de instituciones culturales, de la lengua, las convenciones comunicativas y las conceptualizaciones del mundo. Por otro lado, se nota que los acontecimientos se mantienen en la memoria comunicativa durante el lapso temporal correspondiente a la vida de los testigos. Esta memoria de un acontecimiento se extingue con la muerte de la generación que lo ha vivenciado si no se transfiere a portadores de memoria más duraderos que los cerebros humanos: canciones, fiestas periódicas, monumentos, libros, etc. Los hechos que no entran, primero, en la memoria comunicativa y, segundo, en la memoria cultural de una sociedad, pasan al olvido colectivo. La fase crítica, en la cual un episodio incisivo (una guerra, una catástrofe natural, una victoria, etc.) puede pasar a la memoria cultural sería, generalmente, después de 40 años, cuando los miembros de la generación testigo se retiran de la vida activa. (J. Assmann 1997: 218)

Estos procesos se observan por igual en civilizaciones con y sin escritura, pero en las primeras sucede algo más: la producción textual permite la acumulación de textos y recuerdos diferentes, que en la oralidad exclusiva se perderían. Para las civilizaciones basadas en la escritura resultan, por lo tanto, dos fenómenos nuevos. Por un lado, deben establecer instancias que distingan los textos relevantes para la identidad del grupo, que los conserven y comenten. Y, por otro lado, se genera una acumulación continua de textos y variantes que

⁴ „Unter dem Begriff kulturelles Gedächtnis fassen wir den jeder Gesellschaft und jeder Epoche eigentümlichen Bestand an Wiedergebrauchs-Texten, -Bildern und -Riten zusammen, in deren Pflege sie ihr Selbstbild stabilisiert und vermittelt, ein kollektiv geteiltes Wissen vorzugsweise (aber nicht ausschließlich) über die Vergangenheit, auf das eine Gruppe ihr Bewußtsein von Einheit und Eigenart stützt.“

no integran la memoria vital del grupo, pero que funcionan potencialmente como depósito para la legitimación de movimientos sociales que se oponen a la situación actual. Para Halbwachs, esta distinción se presentaba como aquella entre memoria colectiva e historiografía, pero esto presupone una idea extremadamente positivista de la historiografía, que en sus manifestaciones concretas siempre tiende a comprometerse con la memoria cultural. Aleida Assmann, por lo tanto, distingue entre *memoria funcional* (“Funktionsgedächtnis”) y *memoria depósito* (“Speichergedächtnis”):

Llamaremos *memoria funcional* a la memoria habitada. Sus características más importantes son la relación con el grupo, la selectividad, el vínculo con los valores y la orientación hacia el futuro. La ciencia de la historia, por el contrario, representa una memoria de segundo orden, una memoria de las memorias que recibe todo lo que perdió su relación vital con el presente. Propongo llamar *memoria depósito* a esta memoria de las memorias. (A. Assmann 1999: 134)⁵

Mientras que este panorama teórico puede sugerir una situación relativamente estable y homogénea, las democracias modernas se caracterizan por su *cultura conmemorativa* (“Erinnerungskultur”), con una corriente dominante y una multitud de memorias segmentarias antagónicas y complementarias. En el proceso conflictivo de la política conmemorativa, los grupos interesados actúan a través de los medios de comunicación para imponer su versión de la historia como patrón común y para tomar decisiones políticas favorables sobre el sistema educativo, los museos, los monumentos.⁶ La(s) manera(s) en que la literatura participa de este proceso todavía no se han investigado exhaustivamente, como afirman Erll y Nünning (2005: 185):

Pero siguen siendo escasas las concepciones que pueden ofrecer respuestas sistemáticas a la cuestión de las funciones específicas de los textos literarios para las culturas conmemorativas, y que de ese modo constituyen una condición central para la integración interdisciplinaria de la crítica literaria a las investigaciones de las ciencias culturales sobre memoria y recuerdo.⁷

⁵ „Das bewohnte Gedächtnis wollen wir das *Funktionsgedächtnis* nennen. Seine wichtigsten Merkmale sind Gruppenbezug, Selektivität, Wertbindung und Zukunftsorientierung. Die historischen Wissenschaften sind demgegenüber ein Gedächtnis zweiter Ordnung, ein Gedächtnis der Gedächtnisse, das in sich aufnimmt, was seinen vitalen Bezug zur Gegenwart verloren hat. Dieses Gedächtnis der Gedächtnisse schlage ich vor, *Speichergedächtnis* zu nennen.“

⁶ Estas decisiones políticas pueden incluir también la compensación económica (o equivalente) de un grupo social, perjudicado en el proceso de la historia: sobrevivientes de los campos de concentración, desterrados, víctimas de una dictadura, descendientes de esclavos, mujeres etc.

⁷ „Doch immer noch sind Konzepte rar, die systematisch Antworten auf die Frage nach den spezifischen Funktionen literarischer Texte für Erinnerungskulturen geben können - und damit eine zentrale Voraussetzung für die interdisziplinäre Anschließbarkeit literaturwissenschaftlicher Forschung an die kulturwissenschaftliche Beschäftigung mit Gedächtnis und Erinnerung darstellen.“

Estos autores sugieren principalmente dos tipos de funciones para la literatura: una más bien afirmativa frente a la corriente dominante y otra que propone un cambio, de manera menos ofensiva y perceptible que las intervenciones argumentativas en la comunicación social.

Los textos literarios pueden generar realidades imaginarias nuevas, aunque compatibles con el mundo simbólico de una cultura conmemorativa, representando con precisión y plasticidad imágenes de sí, versiones históricas, valores y normas, e infiltrando lo olvidado y hasta entonces no articulado o inarticulable en la cultura conmemorativa. En cambio, los textos literarios cumplen con un potencial de funciones revisionistas cuando proyectan una contra-memoria, p. ej. representando la memoria de un grupo marginalizado o poniendo en escena imágenes de sí y jerarquías de valores que difieren de los de la cultura conmemorativa dominante. (Erlil / Nünning 2005: 193)⁸

En la literatura alemana reciente hay ejemplos que muestran cómo una obra literaria puede, de modo experimental, modelar personajes, acciones, actitudes, sentimientos y evaluaciones que se prueban en forma imaginaria y, una vez que resultaron aceptables, alteran la memoria cultural y la identidad colectiva.

2. Tres generaciones

2.1 La generación de los culpados

La relación con el pasado de la Segunda Guerra es tan delicada porque gran parte de la población alemana estuvo directa o indirectamente involucrada en los crímenes, aunque muchos no tuvieron conocimiento concreto del exterminio. Después de la guerra, una vez que los aliados publicaron información sobre la dimensión del horror y los mayores responsables fueron sentenciados en Nuremberg, los otros, que habían escapado como inocentes o menos culpados, prefirieron no ocuparse más de ese tema de culpa, vergüenza y dolor, a pesar de las voces aisladas que reclamaban una responsabilidad colectiva frente a la historia.⁹

⁸ „Literarische Texte können neuartige, aber an die symbolische Sinnwelt einer Erinnerungskultur anschließbare imaginäre Wirklichkeiten erzeugen, indem sie Selbstbilder, Geschichtsvorstellungen oder Werte und Normen auf prägnante und anschauliche Weise darstellen und Vergessenes und bis dahin Unartikulierte oder Unartikulierbares in die Erinnerungskultur einspeisen. Ein revisionistisches Funktionspotential hingegen erfüllen literarische Texte dort, wo sie Gegen-Erinnerung entwerfen, etwa indem sie das Gedächtnis marginalisierter Gruppen darstellen oder andere Selbstbilder und Werthierarchien als die der dominierenden Erinnerungskultur inszenieren.“

⁹ Karl Jaspers en 1946: „Wir müssen übernehmen die Schuld der Väter.“ (Nosotros tenemos que asumir la culpa de los padres.), p. 53. Es notable que Jaspers, directamente después de la guerra y a pesar de pertenecer a la misma generación que los culpables, hable de “nosotros” y de “padres” como si fuera la voz de la

Frente a la destrucción física del país, la amenaza de la guerra fría y el deseo de recuperar el bienestar económico, no es tan raro que durante los años de la posguerra los alemanes se ocuparan de otros temas que no fueran la derrota y el genocidio. En la memoria comunicativa de las familias y de las situaciones informales circularon, sin embargo, las anécdotas del frente, sobre funcionarios nazis vanidosos y sobre Hitler, que “no era tan negro como lo pintan”. En la comunicación oficial hubo una cierta censura y el gobierno conservador de Adenauer, que por un lado había integrado a varios ex nazis, comenzó por otro a pagar reparaciones al Estado de Israel y a los sobrevivientes (“Wiedergutmachung”) para recuperar su dignidad en el círculo de las naciones. Pero en principio imperó el lema: Quien tiene problemas que resolver en el presente, no debe ocuparse del pasado, menos todavía cuando se trata de un pasado que cuestiona una imagen de sí de grandeza, fuerza y virtud. Ciertamente, algunos representantes intelectuales como Adorno declararon, ya en los años 50, que el Holocausto marcaría una ruptura irreparable tanto en la historia de los alemanes como en la civilización y que, por lo tanto, cualquier pensamiento y actividad cultural tendría que tomarlo como punto de partida, que todos los valores y las instituciones tradicionales necesitaban ser repensados. Pero hasta el momento en que la generación siguiente llegó a participar de la vida pública, esta fue una posición minoritaria y restringida al ambiente de una élite cultural.

2.2 La generación de los hijos

A partir de los años 60, incitada por la publicidad que los detalles del pasado desatendido consiguieron a través de los procesos judiciales contra Eichmann en Jerusalén y contra el cuerpo de guardia de Auschwitz en Frankfurt, la cuestión pasó a ser uno de los tópicos centrales de la generación de los hijos, que se rebelaba asimismo contra el imperialismo, la guerra de Vietnam y las formas de vida de la burguesía. Era la generación nacida durante o en los primeros años después de la guerra. Para ellos era incomprensible que sus padres pretendieran no haber sabido nada de los campos, que quisieran incluso justificar aspectos del gobierno nazi y que hubieran continuado sus vidas sin cambios aparentes después del gran desastre. La reacción de la parte más activa de esta generación

generación siguiente ya en un futuro distante. Parece que asumir una responsabilidad colectiva solo es posible a una distancia segura.

fue entonces la de denunciar a sus padres por su “mentalidad fascista” y optar por el partido de las víctimas, considerándose ellos mismos víctimas de la educación y del sistema supuestamente opresores que formaban, a los ojos de los jóvenes, una continuidad histórica con el nazismo.

La militancia de los jóvenes del 68 se fue calmando de a poco ante la dificultad de movilizar a los trabajadores y el fracaso de la “lucha armada” por parte del grupo terrorista llamado Fracción del Ejército Rojo (RAF). Su evaluación del Holocausto, no obstante, se mantuvo firme, y cuando esta generación paulatinamente comenzó a ocupar los cargos decisivos en las instituciones educativas, en los medios y el Estado, se estableció un consenso público en cuanto a que justamente este elemento vergonzoso debería figurar como punto central de la historia alemana, el centro de gravitación destinado a orientar toda reflexión sobre el pasado, el presente y el futuro. En palabras de Jörn Rüsen: “La época nazi y el Holocausto se convierten en el acontecimiento (negativo) fundador, en el *contra-acontecimiento* de la historia que constituye la identidad alemana.”¹⁰ (Rüsen 2001: 292)

Evidentemente, esto no podía ser formulado por los propios culpados sino por sus hijos, que se distinguían a la vez de la generación anterior por una conciencia crítica. Cuando, en los años 90, Daniel Goldhagen diagnosticó en los alemanes de los 30 un “antisemitismo eliminatorio”, basado en una mentalidad distinta de otros pueblos, este autor fue aclamado en Alemania casi como una estrella pop, porque había identificado la causa del genocidio en un rasgo particular, no común a todos los hombres. La segunda generación alemana, considerándose a sí misma mentalmente “del otro lado”, del lado de los perseguidos, rehusó de esta manera la herencia histórica de ser hijos de sus padres y se creó una identidad positiva que resulta de la tarea de mantener viva la memoria de la vergüenza alemana. La construcción recién concluida del Gran Monumento en Memoria de los Judíos Exterminados en el mismo centro de Berlín, al costado de la Puerta de Brandenburgo, parece la cúspide exitosa de la política conmemorativa de esta generación que determinó las líneas de la política federal en los años de 1998 a 2005. El lugar central del monumento insinúa “la connotación de un monumento nacional que simbolice, indirectamente, la superación de la

¹⁰ „Nazizeit und Holocaust werden zum (negativ) konstitutiven Ereignis, zum Gegenereignis in der Geschichte, die die deutsche Identität konstituiert.“

separación alemana y el autoentendimiento histórico de la Alemania unificada.” (Leggewie / Meyer 2005: 670)

2.3 La generación de los nietos

En efecto, una nueva tendencia se hace perceptible bajo la superficie desde el inicio de los años 90. Desde la unificación, aumentaron las intervenciones contra la ubicuidad y la supuesta exclusividad de la memoria del Holocausto. Por un lado, se reclamó una memoria que volviera a incluir una perspectiva más amplia (Bohrer 2001), contemplando la historia de los siglos anteriores con sus figuras y obras más “edificantes”. Y, respecto de la historia reciente, se están rompiendo los límites de la exclusividad de la culpa alemana, dirigiendo la atención a los sufrimientos de la población civil en torno de la guerra: en libros, periódicos y programas de televisión se abrió un debate sobre las víctimas alemanas de los bombardeos aliados (Sebald 2001; Friedrich 2003), sobre las mujeres violadas por soldados del ejército ruso (Anonyma 2003) y los refugiados expulsados de Polonia, Hungría y Checoslovaquia (Bingen / Borodziej / Troebst 2003).

Esta cuestión se debatió con particular vehemencia porque el sufrimiento de la población alemana había sido usado en los años de la posguerra para rechazar la responsabilidad de los crímenes mediante un balance inadecuado: En este cálculo todo se nivelaba, los aliados resultaban ser tan culpables como los alemanes y las cuestiones de la dimensión, de causa y efecto, no se tuvieron en cuenta. Andreas Huyssen (2003: 147) ha constatado que este tipo de discurso estaba más presente en la comunicación familiar que en los medios y los discursos políticos, quizá por una cierta consideración de la atención internacional, que nunca dejó de observar con desconfianza la manera en que se articularon en Alemania las referencias al pasado nazi. Pero a partir de los años 60 se instaló prácticamente un tabú respecto de los sufrimientos alemanes: Quien mencionara este asunto, se exponía a la sospecha de querer disminuir u ocultar la culpa alemana. Hoy en día, sin embargo, parecería extraño presumir que los alemanes culpables quieran presentarse como las verdaderas víctimas, considerando la dominancia de la conmemoración de Auschwitz. En los debates públicos sobre libros como *El incendio* de Jörg Friedrich, sin embargo, varios críticos censuraron todavía el hecho de que el autor no hubiera incluido las agresiones alemanas

precedentes al bombardeo aliado. Pero, en palabras de Huyssen, “simplemente no hay una buena razón para no incluir la experiencia de los bombardeos en el debate sobre el imaginario de la primera posguerra alemana” (ibid.).¹¹

Poco a poco se van admitiendo estas memorias “prohibidas”, en un momento en que los testigos ya casi han desaparecido. Tomando en cuenta los ciclos de la memoria colectiva, la década del 80 –40 años después de la guerra– hubiera sido el momento en que la generación de los bombardeados, de los expulsados y las mujeres violadas comenzara a insistir en que sus recuerdos dolorosos adquirieran una forma más duradera en la memoria cultural. Esto no sucedió por el tabú impuesto por la segunda generación. Ahora, ante la muerte inminente de esta generación y el comienzo del auge social de la tercera generación, involucrada de forma menos inmediata en esta herencia histórica, parece que las relaciones de poder se desplazan y la memoria de la generación activa durante la guerra y la posguerra es tolerada cada vez más en público.

Parece evidente que la generación de los nietos mantiene una actitud menos rencorosa que sus padres cuando se trata de la vergüenza heredada de los abuelos. Ellos nacieron en un contexto en el que Auschwitz ya era canon escolar. Ya no eran los abuelos responsables los que ocupaban los lugares en la vida activa, sino sus hijos, que insistieron tan ferozmente en ser ellos mismos víctimas de la generación nazi. Para los nietos, esta pretensión se reveló fácilmente en su hipocresía: Eran sus padres los que ejercían el poder (aunque fuera en modalidades “antiautoritarias”) y lo hacían, por otra parte, a través de esta moralidad que habían conquistado luchando por la memoria de Auschwitz. No voy a discutir los efectos positivos de la educación pos-Auschwitz. Pero por otro lado no se puede desatender el hecho de que cada contenido escolar se convierte en una herramienta de opresión por la propia estructura del sistema educativo. Para la generación de los nietos, entonces, la culpa de sus abuelos y el compromiso de sus padres se presentan en una nueva configuración y esto permite que el debate público sobre las cuestiones de la memoria, después de la unificación, esté en movimiento. Rüsen cita varios autores que en los años 90 comienzan a

¹¹ „There is simply no good reason not to include the experience of the bombings in a discussion of the early postwar imaginary in Germany.”

usar el “nosotros” para hablar de los culpados de la guerra, incluyéndose ellos en su propia identidad histórica. (296 ss.)

Desde el punto de vista historiográfico, se “conocían” los ataques a ciudades como Dresden, que carecía de objetivos militares relevantes, como también las violaciones de mujeres en las regiones orientales de Pomerania y Silesia; y la expulsión de la población civil de sus sedes centenarias se documentó en todos sus detalles desde los años 50 (Schieder 1984). Pero durante la fase del silencio desde los 60 hasta los 90 todo eso permaneció en los archivos, y sólo ahora vuelve al centro de la memoria cultural. La evaluación política, entretanto, oscila según el punto de vista: para una posición más cercana a la estrategia de los aliados es comprensible, para los que toman el partido de la población civil alemana, es un crimen sin sentido.¹² Se trata, entonces, de una discusión sobre la política conmemorativa, de la cuestión de quién entre los testigos del pasado merece atención pública y, finalmente, de cómo se construye la identidad colectiva de los alemanes. Mientras que la fracción responsable de la construcción del Monumento considera su actitud frente a las víctimas judías como la única adecuada a los acontecimientos, existe otra que disputa la exclusividad de la memoria y busca extenderla a aquella parte de la población que sufrió no a causa de los nazis, sino por las reacciones contra la política nazi. Y esta fracción insinúa, además, que las acciones de los aliados no respetaron perfectamente las reglas de la guerra y podrían incluso ser vistas como transgresiones de los derechos humanos. Incluso si no se postula una substitución de un grupo de víctimas/ culpados por el otro sino un complemento, lo que está en juego es una reconfiguración de la posición que los alemanes ocuparon en la gran catástrofe del siglo XX, y este asunto ocupa no sólo a los alemanes sino también a sus vecinos europeos y a los EE.UU., Israel y el resto del mundo. En el caso de Alemania, no se puede llevar a cabo una nueva política de la memoria sin observaciones, comentarios e intervenciones de aquellos en cuya propia memoria colectiva Alemania ocupa un lugar eminente y doloroso. Los

¹² “Der militärisch sinnlose Terrorangriff auf das mit Flüchtlingen überfüllte Dresden im Februar 1945 kostete kurz vor Kriegsende Tausende von Menschen das Leben.“ [„El ataque de terror en febrero de 1945, que no tenía ningún sentido desde el punto de vista militar, contra la ciudad de Dresden, repleta de refugiados, les costó la vida a miles de personas poco antes del fin de la guerra.”] Bernecker 2002: 303.

En relación con los bombardeos de objetivos civiles en general, Michael Burleigh formula con mayor reserva: „Opinion is divided on the impact of bombing on industrial production and morale.” Burleigh 2000: 763.

reajustes de la memoria cultural deben, por consiguiente, respetar los sentimientos de los “otros” y procurar un compromiso aceptable para todos.

3. Incursiones de la literatura en la memoria cultural

Desde 1945, la historiografía pormenorizó continuamente los conocimientos sobre la guerra y los crímenes cometidos durante el “Tercer Reich”, reconfigurando sucesivamente la imagen del culpado: demonizado en los 50, “banalizado” en los 60 y reconfigurado en su contexto biográfico en los 90. Fue el sector de la producción cultural donde se popularizaron y divulgaron los nuevos paradigmas y de donde surgieron los mayores impulsos para el debate público. Un ejemplo reciente de la última tendencia es el éxito de la película *La caída* (“Der Untergang” 2004), impensable en las décadas anteriores porque se construyó casi exclusivamente con testimonios del entorno de Hitler (A. Speer, Tr. Junge, J. Goebbels) –testimonios, por lo tanto, que se aproximan *nolens volens* a la perspectiva del perpetrador central-. Por un lado, puede ser escandaloso para los sobrevivientes de los campos y sus descendientes ver al dictador y sus secretarias en una conversación jovial que expone su “lado humano” –entre dos raptos de locura y cólera en los encuentros con los generales-. Por otro lado, estas escenas explican mejor el misterioso atractivo que ejercía, como está atestiguado, sobre muchas personas: El espectador puede hacer un intento de comprender el tiempo y la situación de aquellos que se rindieron a la colaboración con el sistema totalitario.

Aunque las producciones audiovisuales ocupan un lugar extremadamente importante cuando se trata de introducir un nuevo aspecto en la memoria cultural, como se ve en los efectos de la serie *Holocaust* y la película *Schindler's List*,¹³ es la literatura la que, en Alemania, todavía ejerce una cierta función en los debates públicos. A diferencia de la gran mayoría de las películas, el libro puede experimentar con representaciones más osadas, puede pisar las fronteras minadas entre el centro consensuado del discurso público y las zonas “prohibidas”. Los escándalos que acompañan regularmente la publicación de este tipo de libros son indicadores de la relación actual entre las fracciones de la política de la memoria. Sintomáticas del género son las últimas novelas de Martin Walser, que se ha

¹³ Véase Leggewie 2005.

convertido de intelectual “izquierdista” en uno de los autores “conservadores” más polémicos del presente, quizá un indicador de que lo que era oposición de izquierda hace cuarenta años, hoy en día representa el *mainstream* y que el autor busca, consecuentemente, un camino disidente. Pero lo que se tratará aquí son tres libros cuya recepción menos escandalosa que exitosa puede considerarse representativa de los cambios desde 1990.

Se trata de los libros *Der Vorleser* (*El lector*, 1995) de Bernhard Schlink (*1944), *Im Krebsgang* (*A paso de cangrejo*, 2002) de Günter Grass (*1927), y de una obra en diez volúmenes, llamada *Echolot. Ein kollektives Tagebuch* (Ecosonda. Un diario colectivo, 1993-2005) de Walter Kempowski (*1929). El primer libro es pura ficción, una novela de un autor de la segunda generación, nacido en 1944, que opera por medio de la identificación simbólica en la configuración emocional de los hijos ante los culpados. El libro de Günter Grass es una novela corta con importantes incursiones en la historiografía, que autoriza la contextualización biográfica de los actores de la guerra, relativiza las fronteras entre víctimas y victimarios, y advierte, alegóricamente, que la identidad negativa puede reproducir la violencia. El tercer autor, Walter Kempowski, pertenece como Grass a la generación que llegó a conocer la guerra por experiencia propia; su voluminosa obra oscila entre la literatura y la documentación: se trata de textos auténticos de cientos de personas que dan su testimonio sobre cuatro momentos significativos de la guerra; aquí se transfiere el propio archivo polifónico del pasado a la memoria funcional con el efecto de que todas estas voces se incluyen en una conmemoración total sin privilegios. Junto a este nuevo rumbo de la política conmemorativa, se registra, por lo que veo, una tendencia estética que privilegia los hechos y documentos en detrimento de la invención ficcional, aunque no se trata de una reedición de la literatura documental de los años 70.

3.1 El lector

El narrador adulto recuerda sus 15 años, cuando estuvo apasionado por una mujer mucho mayor, de apariencia física madura y maternal. Entre las peculiaridades de esta relación, se nota que el ritual amoroso de los dos está integrado por tres elementos imprescindibles: el joven que le lee en voz alta los textos estudiados en el colegio, la mujer que lo cuida en el baño caliente y, finalmente, el propio acto sexual. La aventura erótica

dura un cierto tiempo hasta que finalmente el chico abandona a su amante y retoma la vida “normal” de un adolescente. Años después, ya como estudiante de derecho, él asiste con sus colegas a un juicio contra el personal de vigilancia de un campo de concentración y reconoce a su antigua amante entre las guardianas acusadas. A diferencia de las otras ex guardianas, ella no se defiende de una manera muy astuta y finalmente asume la culpa por la atrocidad central del caso: Durante un “transporte” (en realidad una marcha mortal) para evacuar el campo, los judíos habían sido encerrados en una iglesia y durante un bombardeo se queman allí adentro porque las vigilantes no abren las puertas. Solo dos –una madre y su hija– pudieron escapar. Cuando el juez quiere comparar la letra del relato del incendio con la escritura de la protagonista, con el objetivo de identificar a la responsable, ella se rehúsa a dar una prueba escrita de puño y letra, aceptando, de esta manera, la responsabilidad por el acontecimiento. Su comportamiento paradójico es la clave para que el narrador comprenda, finalmente, el secreto de la mujer: que todo esto sucede porque es analfabeta y que siempre trató de esconder esta deficiencia vergonzosa. Como consecuencia de su analfabetismo abandonó su empleo en Siemens para inscribirse en la SS y por él también prefiere la pena de muchos años de cárcel en vez de delatarse. En la cárcel recibe regularmente cintas grabadas por el “lector” y los libros correspondientes; aprende a leer, adquiriendo en particular textos sobre la cuestión del genocidio. El día anterior al fin de su pena se ahorca en su celda. Al narrador le queda la tarea de entregar sus pequeños ahorros a la sobreviviente del incendio que atestiguó contra ella en el juicio, para que el dinero sea entregado a una organización judía que se ocupe de la alfabetización. La sobreviviente rechaza el dinero (el analfabetismo no es un problema particularmente judío) pero acepta la caja de lata donde había sido guardado el dinero: En el campo, ella tenía una lata semejante para sus tesoros.

Para percibir lo innovador de esta trama hay que observar que la protagonista representa no sólo a la generación nazi sino además a una culpable que se ocupaba directamente de la ejecución del exterminio. En esta cualidad, normalmente estaría representada con rasgos demoníacos (como sucede en gran parte de la literatura de los años 50) o como persona trivial, deshumanizada por su oficio (que es el caso de muchos libros a partir de los años

60).¹⁴ Pero el autor configuró a su perpetradora nazi de manera diferente: ni poderosa, ni banal, ni mala. El misterio de la mujer no está vinculado con el fascismo y sus estructuras. Su misterio son las desventajas y azares de su biografía particular: ser mujer, ser analfabeta, ser vergonzosa. Es la concatenación de contingencias la que resulta en el hecho de que ella se encuentre en algún momento de su vida en el campo de concentración y deba hacer cosas que en realidad nunca tuvo la intención de hacer. Pero ahora no sabe cómo escapar de la situación y acepta matar a las mujeres que le han sido entregadas. La pregunta que le hace al juez y que resume su incapacidad de desobedecer la situación criminal es: “¿Usted qué hubiera hecho?” (Schlink 1998: 106). Esta pregunta corresponde en el nivel de la ficción a la supuesta imposibilidad de decidir en contra del sistema completo que la circundaba en el momento del crimen. Los casos aislados de soldados que renunciaron a las órdenes de ejecución no alteran esta situación: documentan que rehusarse no se castigó con la muerte (que era la disculpa general), pero para la mayoría de las personas esta información no estaba al alcance, a menos que corriera el riesgo de hacer la prueba.

Esta novela publicada cinco años después de la unificación fue uno de los mayores éxitos de la literatura alemana, también en el exterior, particularmente en los EE.UU. Pero causó irritación, con un atraso de siete años, entre varios críticos ingleses (Norfolk, Adler y otros), que protestaron vehementemente contra lo que les parecía una ficción sobre el Holocausto que carecía de cualquier elemento necesario para una representación adecuada de los acontecimientos y sus organizadores, minimizando el horror y la culpa; en resumen: una “falsificación sentimental de la historia para arrancar la compasión del lector” (Adler). Es evidente que estos críticos tendrían razón si el libro realmente fuera un libro sobre el Holocausto. Sin embargo, es un libro sobre la relación de la generación de los culpables con la generación de sus hijos. En el enfoque no se encuentran las atrocidades contra las víctimas sino las modalidades en que alguien que no lo ha vivido puede enfrentar a una persona que sí lo hizo y a la cual la une, además, una relación afectiva. El comportamiento del narrador es opuesto a la manera en que los representantes reales de la segunda generación trataron a sus padres: En vez de denunciar a su ex amante por haberlo convertido en

¹⁴ El nazi demoníaco se encuentra en el libro *Der Verdacht* de Friedrich Dürrenmatt (1953) y, de un modo más moderado, en las novelas *Der Tod in Rom* de Wolfgang Koeppen (1954) y *Billard um halbzehn* de Heinrich Böll (1959). El tipo del funcionario subordinado y obediente se encuentra en *Die Deutschstunde* de Siegfried Lenz (1968). Cf. Galle 2001.

víctima y negar sus lazos afectivos, él hace un intento serio de comprender las circunstancias y los motivos que la llevaron hasta el punto de cometer su crimen. Si por un lado la relación afectiva en la novela es menos desatendible que el amor entre hijos y padres lo era en los años 60, la culpa de la gran mayoría de los padres reales, por otro lado, era menor que la culpa de la amante del “lector”.

Aquellos críticos ingleses que condenaron la novela por kitsch, percibieron la figura central desde la perspectiva de la memoria cultural de las víctimas y sus descendientes –uno de ellos, Jeremy Adler, es hijo de Hans Günter Adler, sobreviviente que publicó uno de los primeros análisis sobre la sociología del campo-. En esta perspectiva, la conversión ficcional del estatuto del culpable en una víctima parcial tiene que ser muy incómoda porque lo que cuenta, para los perjudicados, es el crimen y no los motivos individuales que están en su origen. Pero hay que insistir en que esta configuración está en función de la perspectiva de la sociedad de los responsables y ellos sí deben ver en algún momento las cosas del lado de los culpados para no excluirlos completamente. “Comprender” no significa de ninguna manera “disculpar”: La culpa por el genocidio representa un crimen en el nivel de la humanidad y no puede ser perdonada sino por las propias víctimas (que están muertas). La “otra culpa” consiste en el hecho posterior de ser un asesino y de complicar las relaciones familiares y sociales con esta carga; esta culpa debería ser suspendida por el resto del grupo si el culpable se ha arrepentido. Traducido a la situación alemana, esto significa que la generación de los hijos, que se sintió víctima de sus padres, debería hacer las paces con ellos antes de que se mueran, porque de lo contrario esta ruptura del entendimiento intergeneracional a su vez afectaría, probablemente, su propia relación con los nietos, como supone el texto de Grass.

Lo que justifica al mismo tiempo el éxito de la novela y a sus críticos es el vínculo necesario de la memoria cultural con el grupo: Esta memoria es necesariamente “subjetiva” en función de la cohesión social. En el pasado las memorias nacionales de los europeos eran altamente conflictivas y sólo a partir de la Segunda Guerra se alcanzaron, paulatinamente, compromisos sobre la historia común entre alemanes y franceses, un proceso que con los países del este recién ha comenzado y será doloroso. En este caso entraron en conflicto las memorias del grupo descendiente de las víctimas y aquellas de los culpados.

Es evidente que estas memorias no pueden converger, pero que es sumamente necesario negociar, siempre de nuevo, un compromiso que pueda ser aceptable para las dos partes.

El avance importante del libro de Schlink para la memoria de los alemanes se puede ver en su reformulación de la identidad de la segunda generación (a la cual pertenece el autor). Pues la estrategia de esta generación de identificarse con las víctimas genera otros problemas. Evidentemente, los hijos de los perpetradores no pueden aliviarse de la herencia histórica de esta manera. Se encuentran –involuntariamente– en un continuo vital que los vincula a la generación anterior. Rüsen lo puso en evidencia en ocasión del libro de Goldhagen:

Únicamente con la contradicción y la exclusión [de los culpados H.G.] no se puede explicar el contexto histórico real de la historia alemana del siglo XX en función de la época nazi y el Holocausto. Goldhagen confronta a los jóvenes alemanes inexorablemente con el hecho de que los perpetradores del Holocausto –“los alemanes”- eran sus padres y abuelos. El público que lo aplaude se reconoce en el lugar de los “otros” en la relación histórica con aquellos perpetradores, y el Holocausto presenta un potencial identificador solamente en las víctimas. La radical falta de historicidad que marca la interpretación del Holocausto por parte de Goldhagen, caracteriza también la cultura histórica de aquellos que lo festejan y se destacan por su relación particularmente crítica con la historia reciente de Alemania. (Rüsen 2000, 294, trad. H.G.)¹⁵

3.2 A paso de cangrejo

Mientras que el libro de Schlink ejerce su función literaria a través del modelo más bien tradicional de la identificación con el narrador/ protagonista y una experiencia catártica más o menos inconsciente, el texto de Günter Grass se presenta en una forma estética menos convencional.¹⁶ Ya el título revela la intención de aproximarse al pasado, pero con el paso indirecto y desviado del cangrejo, o sea en un acercamiento repetitivo y por varios caminos tortuosos. Su narrador/ protagonista refiere varias veces a la figura del propio autor para incluir reflexiones metanarrativas sobre la composición de este texto. En este nivel meta-

¹⁵ „Mit Widerspruch und Exklusion allein läßt sich der reale historische Zusammenhang der deutschen Geschichte des 20. Jahrhunderts im Blick auf Nazi-Zeit und Holocaust nicht plausibel machen. Goldhagen stößt die jungen Deutschen von heute unerbittlich auf die Tatsache, daß die Täter des Holocaust - „die Deutschen“ - ihre Väter und Großväter waren. Das applaudierende Publikum weiß sich nun als ‚die Andren‘ im historischen Verhältnis zu diesen Tätern, und der Holocaust hat ein identifikatorisches Potential nur in den Opfern. Der grundsätzliche Mangel an Historizität, der Goldhagens Holocaust-Deutung ausmacht, charakterisiert auch die Geschichtskultur derjenigen, die ihn feiern und sich durch ein besonders kritisches Verhältnis zur jüngeren deutschen Geschichte auszeichnen.“

¹⁶ Cf. Galle 2005.

narrativo, la figura del autor admite que fue una negligencia el no haber tratado antes los sufrimientos de los alemanes que huyeron de las zonas orientales de Alemania. Particularmente el hundimiento del barco *Gustloff* con algunos miles de mujeres y niños en el Mar Báltico hubiese sido una tarea obligatoria para él, en su función de narrador de la ciudad y la gente de Danzig. Que esto no haya sucedido sólo puede explicarse porque él y los alemanes estaban demasiado ocupados en la dimensión de la propia culpa y, de esta manera, “se olvidaron” de los propios sufrimientos.

Para enfrentar esta tarea, con retraso, Grass se sirve de una figura ficcional ya conocida en su trilogía de Danzig, los tres libros que fundaron su fama y en gran parte son responsables de su premio Nobel. Esta figura, Tulla Pokriefke, aparece en la novela como madre del narrador Paul y abuela de su hijo Konny: de nuevo una constelación intergeneracional que le permite a Grass representar las diferentes actitudes frente al pasado de la Segunda Guerra. Tulla también fue una persona involucrada en la culpa y estuvo más del lado de los victimarios que de las víctimas. Pero este aspecto se ha relativizado en la novela: la joven que, en Danzig, era objeto de la violencia adolescente de Tulla se ha transformado en una amiga distante: su culpa personal fue perdonada. El gran tema de su vida y del texto es el último viaje del *Gustloff* y la imagen de los niños que flotan, cabeza abajo, en el agua glacial del Báltico. Ella vive ya solo para testimoniar esta catástrofe, mientras que su hijo, el narrador, hasta el momento se ha rehusado constantemente a la tarea de representar este acontecimiento al que él mismo debe su precipitado nacimiento. Es, finalmente, el nieto Konny quien se dedica a hacerle justicia a su abuela y publica en Internet su versión ideológicamente distorsionada del fracaso del *Gustloff*, deslizándose a una carrera neonazi. Ante las mentiras anónimas en el espacio virtual, su padre Paul comienza una investigación sobre el *Gustloff* y comunica los resultados sucesivamente en la narración, para que la historia tenga una representación ponderada. En algún momento habrá de darse cuenta de que el autor de la página extremista es su propio hijo.

El material de las pesquisas de Paul es absolutamente de índole no ficcional. Grass usa a su narrador como un investigador de los documentos históricos, literarios y artísticos para integrar a su texto todo lo que se ha publicado sobre el asunto, indicando tanto sus fuentes como su grado de confiabilidad. Para el lector se establecen entonces dos niveles de

narración: uno que se aproxima a la historiografía y que le permite ponderar los hechos con neutralidad intelectual, y otro ficcional, en el cual puede ser afectado por el testimonio de Tulla, por la actuación reflexiva del narrador y por el idealismo mal encaminado del nieto Konny. La trama sugiere que la omisión del sufrimiento de los alemanes en la memoria colectiva de las últimas décadas causó un desequilibrio que favorece finalmente las “correcciones” violentas por parte de la tercera generación.

Me parece importante que Grass no se limite a configurar todo esto en una trama ficcional sino que en la dimensión historiográfica se desplieguen las biografías auténticas de las tres figuras involucradas, más o menos directamente, en el hundimiento del *Gustloff*. Uno es el judío David Frankfurter, el segundo es el funcionario nazi Paul Gustloff y el tercero es Alexander Marinesko, el comandante del submarino ruso. Las tres personas funcionan como *exempla historica* que confirman el nivel ficcional. Ninguno de los tres actores es sólo culpable, ninguno es sólo víctima. David Frankfurter, un joven introvertido y enfermo, comete un atentado político para llamar la atención sobre la opresión de los judíos en el Reich, pero elige un objeto que es un funcionario marginal, también enfermo, y que por azar está a su alcance en Suiza. Los nazis convierten a este funcionario Gustloff *post mortem* en un mártir del movimiento y bautizan el barco con su nombre. El comandante ruso hunde el barco de refugiados porque debe compensar, frente a sus superiores, varias negligencias anteriores con un éxito inmediato, pero no sale de su infortunio y desaparece, poco después, en el Gulag.

En esta perspectiva histórica –no en la perspectiva jurídica– los actos de violencia no se presentan como simples resultados de buenas o malas intenciones sino como sucesos que, en gran parte, dependen de la concatenación de contingencias. El ser humano está colocado en esta red de contingencias, actuando y sufriendo, y una vez que su culpa fue expiada con la pena adecuada merece que, en la perspectiva de la memoria, se respete la signatura de su biografía particular.

3.3. Ecosonda

La última obra a considerar en este contexto son los diez volúmenes del *Echolot*. Se los puede leer como un archivo de la Segunda Guerra que reúne las voces de cientos de personas que se expresaron en cartas, diarios, memorias, entrevistas, libros, etc. Son soldados comunes y generales, novias, madres, presos políticos, concentracionarios, funcionarios políticos, periodistas, médicos, escritores de todos los países involucrados, de Rusia a los EE.UU. Las fuentes son los documentos privados que el autor coleccionó durante décadas, reunidos en su archivo, treinta archivos históricos públicos y una centena de libros editados. En los anexos, el lector puede encontrar una concisa mención de cada autor y los datos bibliográficos que permiten una investigación más extensa.

El principio que estructura todo el material es el cronológico. Alrededor de cuatro momentos cruciales (el ataque a Rusia, el sitio de Stalingrado, la fuga y los últimos días) se dividen las cuatro partes de la obra que, en su microestructura, organiza los textos por los días en los que fueron escritos y a los que se refieren. Al principio de cada capítulo y en cada página se puede leer el número de días pasados desde el comienzo de la guerra y el número de días que faltan hasta su fin. Un libro entero puede contener no más de cuatro días, los textos van de unas pocas líneas a dos o tres páginas. Pueden ser informes oficiales del frente, cartas de amor, registros de muertes y nacimientos, testimonios, apuntes de Goebbels o el parte diario del médico de cámara de Hitler. Los pasajes presentados están casi siempre completos, a veces el autor cortó algo del inicio o del fin. Los documentos en otro idioma fueron traducidos. No se aplicó ninguna redacción para adecuar el estilo de cada uno. Están agrupados por regiones o complejos: a una secuencia del *Hauptquartier* le sigue una del frente oriental, las voces de civiles en Silesia dejan lugar a aquellas de soldados rusos o de personas en los campos. Esta composición es todo menos monótona. La secuencia de los textos produce un vértigo que impulsa la lectura de una página a otra, de un día a otro.

Los textos se complementan con fotos que –hecho importante– no figuran como ilustración de la escritura sino como documentos autónomos: las miradas frente a las cámaras en aquel pasado constituyen una dimensión humana fuera del contexto de la escritura que el lector de *Ecosonda* toma en consideración y que puede corregir las actitudes partidarias,

inducidas por la lectura de textos subjetivos y doctrinarios. La foto lo enfrenta con el hombre mismo en toda su opacidad, sin conocer sus ideas, sus orientaciones y motivos. Mientras que los textos expresan claramente hasta qué punto su autor está corrompido por una u otra ideología, si se inclina para el lado de los opresores o de los oprimidos, la foto lo muestra como fuera de todo esto, en su condición humana e histórica. Las fotos, en este sentido, cumplen con una función semejante a la de las biografías individuales en los libros de Schlink y Grass. Permiten que se integre la culpa de cada uno en la signatura de su vida y que se le haga justicia a esta última.

No sabemos si la selección realizada por Kempowski es representativa en un sentido estadístico. Pero contiene tanto las voces de nazis convencidos como las escépticas y las opositoras, sin consideración de clase social, género, edad, formación, etc. Si la polifonía de Bajtin fue plasmada de verdad en alguna obra literaria, debe ser en esta. En la reducción extrema del autor a un papel de coleccionar, seleccionar y coordinar, podemos ver nuevamente un desplazamiento de lo ficcional a la documentación. Es patente la renuncia a la voz privilegiada de un narrador que relacione los fragmentos y proponga un sentido.

Pensando este archivo como la base de una nueva vertiente de la memoria colectiva alemana, se podría soñar que aquí nadie está excluido y ningún recuerdo es censurado. Puede ser que esto represente el compromiso posible del presente. Por otro lado, la memoria se adecua a las necesidades del presente. Puede ser que en algunos años, justamente el hecho de ser tan completo –y extenso– sea incómodo para la generación de entonces.

Bibliografía

- ADLER, Jeremy: „Die Kunst, Mitleid mit den Mördern zu erzwingen. Einspruch gegen ein Erfolgsbuch: Bernhard Schlinks „Der Vorleser“ betreibt sentimentale Geschichtsfälschung“. *Süddeutsche Zeitung*, 20. 4. 2002. (También: *Times Literary Supplement*)
- ANONYMA: *Eine Frau in Berlin, Tagebuchaufzeichnungen vom 20. April bis 22. Juni 1945*. Frankfurt a.M., Eichborn, 2003.
- ASSMANN, Aleida: *Erinnerungsräume. Formen und Wandlungen des kulturellen Gedächtnisses*. München, Beck, 1999.

- ASSMANN, Jan: *Das kulturelle Gedächtnis*. Schrift Erinnerung und politische Identität in frühen Hochkulturen. München, Beck, 1997, 2° ed..
- ASSMANN, Jan: *Religion und kulturelles Gedächtnis*. Zehn Studien. München, Beck, 2000.
- BERNECKER, Walther L.: *Europa zwischen den Kriegen 1914-1945*. Stuttgart, Ulmer, 2002.
- BINGEN, Dieter / BORODZIEJ, Wlodzimierz / TROEBST, Stefan (Ed.): *Vertreibungen europäisch erinnern*. Historische Erfahrung, Vergangenheitspolitik Zukunftskonzeptionen. Wiesbaden, Harrasowitz, 2003.
- BOHRER, Karl-Heinz: „Erinnerungslosigkeit. Ein Defizit der gesellschaftskritischen Intelligenz.“ En: *Frankfurter Rundschau*, 16.6. 2001. [Antrittsvorlesung seiner Gadamerprofessur in Heidelberg]
- BURLEIGH, Michael: *The Third Reich. A New History*. New York, Hill and Wang, 2000.
- ERLL, Astrid / NÜNNING, Ansgar: "Literatur und Erinnerungskultur. Eine narratologische und funktionsgeschichtliche Theorieskizze mit Fallbeispielen aus der britischen Literatur des 19. und 20. Jahrhunderts." En: *Erinnerung, Gedächtnis, Wissen. Studien zur kulturwissenschaftlichen Gedächtnisforschung*. Ed. Oesterle, Günter. Formen der Erinnerung. Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2005. 185-210.
- FRIEDRICH, Jörg: *Der Brand. Deutschland im Bombenkrieg 1939-1945*. München, Propyläen, 2003.
- GALLE, Helmut: „Von der Bestie zur Geliebten. Die Nazi-Täter im Spiegel der Literatur.“ (Presentado en el 4º Congreso argentino de profesores de alemán, Buenos Aires, 2001).
- GALLE, Helmut: „Von Schiller zu Grass: Fakten, Fiktionen und kollektives Gedächtnis in Grass' Novelle *Im Krebsgang*“. En: *Pandaemonium germanicum*, No. 9 (2005), 115-154.
- GRASS, Günter: *Im Krebsgang*. Eine Novelle. Göttingen, Steidl, 2002.
- HALBWACHS, Maurice: *On Collective Memory*. University of Chicago Press, 1992.
- HUYSEN Andreas: "Rewritings and New Beginnings: W.G. Sebald and the Literature on Air War." En: A.H.: *Present Past: Urban Palimpsests and the Politics of Memory*. Stanford, University Press, 2003. 18-157.
- HUYSEN Andreas: *En busca del futuro pasado. Cultura y memoria en tiempos de la globalización*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, Instituto Goethe, 2002.
- JASPERS, Karl: *Die Schuldfrage*. Von der politischen Haftung Deutschlands. (1946) München, Piper, 1996, 2° ed.
- JESSE, Eckhard: „Umgang mit Vergangenheit“. En: Werner Weidenfeld / Karl-Rudolf Korte (org.): *Handbuch zur deutschen Einheit*. Bonn, Bundeszentrale f. pol. Bildung, 1993. 648-655.
- KEMPOWSKI, Walter: *Das Echolot. Kollektives Tagebuch. Januar u. Februar 1943*. 4 vol.; *Barbarossa '41*; *Fuga furiosa*. 4 vol.; *Abgesang '45*. München, Albrecht Knaus 1993-2005.
- LEGGEWIE, Claus / MEYER, Erik: "Geschichtspolitik in der Mediengesellschaft." En: *Erinnerung, Gedächtnis, Wissen. Studien zur kulturwissenschaftlichen Gedächtnisforschung*. Ed. Oesterle, Günter. Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2005. 663-76.

- MARKOWITSCH, Hans-Joachim: *Dem Gedächtnis auf der Spur. Vom Erinnern und Vergessen*. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2002.
- NORFOLK, Lawrence: „Die Sehnsucht nach einer ungeschehenen Geschichte. Warum Bernhard Schlinks Roman „Der Vorleser“ ein so schlechtes Buch ist und allein sein Erfolg einen tieferen Sinn hat.“ *Süddeutsche Zeitung*, 27. 4. 2002.
- RÜSEN, Jörn: *Zerbrechende Zeit. Über den Sinn der Geschichte*. Köln/Weimar/Wien, Böhlau, 2001.
- SCHIEDER, Theodor (Ed.): *Dokumentation der Vertreibung der Deutschen aus Ost-Mittel-europa*. Bd. 1 Die Vertreibung der deutschen Bevölkerung aus den Gebieten östlich der Oder-Neiße. München, 1984.
- SCHLINK, Bernhard: *Vergangenheitsschuld und gegenwärtiges Recht*. Frankfurt a.M., Suhrkamp, 2002.
- SCHLINK, Bernhard: *Der Vorleser*. Roman. (1995) Zürich, Diogenes, 1997.
- SEBALD, W. G.: *Luftkrieg und Literatur*. Frankfurt a.M., Fischer, 2001.
- WELZER, Harald: *Das kommunikative Gedächtnis. Eine Theorie der Erinnerung*. München, Beck, 2002.